

descubridor de un mundo nuevo, sino que también es el Caballero Navegante, con las virtudes, la locura y la pasión amorosa del Caballero Andante, y, cómo no, terminaba siendo la figura en la cual culmina, a la vez que se *deconstruye*, el héroe místico: el Caballero de la Triste Figura, Don Quijote de la Mar Oceana.

La novela de Cervantes es, efectivamente, otro texto-fuente: el *Quijote*, pero también *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, cuyo prólogo escribió Cervantes pocos días antes de morir, constituyen una de las capas más visibles del palimpsesto de *Vigilia*. La muerte del Almirante es la muerte de Don Quijote y la de Cervantes, narrada con frases de los textos cervantinos ligeramente retocados y mezclados que señalan un emocionante y luminoso paralelismo entre el Almirante descubridor y el buen hidalgo que había leído demasiadas novelas de caballerías:

— Señores —dijo el Almirante con el último aliento, que parecía venir de ultratumba—, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño, ni en mi cabeza vuelan más los pájaros del Mar Tenebroso, a los que debí el Descubrimiento. Yo fui loco y muero cuerdo. Fui Almirante, Visorrey y Gobernador perpetuo de todas las Indias. ¡Locura de los que ponen su quimera en los honores y riquezas de este mundo! No vuelvo a ser agora más que el grumete ligur, el peregrino de la tierra y del mar, el judío errante convicto y converso, que siempre fui con honra y sin provecho (p. 368).

— Os digo adiós, suavemente. Tiempo vendrá, quizás, donde, anudando este roto hilo, diga lo que aquí me falta y lo que sé convenía. ¡Adiós, gracias a todos, adiós donaires, adiós regocijados amigos; que yo me voy a otra vida, deseando veros presto contentos en ella conmigo!... (p. 370)

A diferencia de Cristóbal Colón —al menos si nos fiamos de su *Testamento*— y siguiendo el ejemplo de Don Quijote, el Almirante muere confesando que ha vivido loco y muere cuerdo. Ordena que se quemase el testamento que había dictado anteriormente, y dicta las siguientes disposiciones:

Renuncio a todos los títulos, privilegios y honores que me han sido otorgados, dejados en suspenso o retirados. [...] Mando que todas las tierras y posesiones que se me han atribuido en recompensa de un descubrimiento que no ha sido hecho por mí, y de una conquista que yo he comenzado y que va contra todas las leyes de Dios y de los hombres, sean devueltas a sus propietarios genuinos y originarios. [...] Los grandes daños y el holocausto de más de cien millones de indios deben ser reparados material y espiritualmente en sus descendientes y sobrevivientes. (p. 374-375)

Está claro que el testamento apócrifo del Almirante tiene que estar fechado en 1992 y no en 1506: da testi-

monio de cinco siglos de historia, de historiografía y de literatura, de controversias y de reivindicaciones, de buena y mala conciencia, de crímenes y de heroísmo. Se trata de la visión de un «mestizo de dos mundos, de dos historias que se contradicen y se niegan», según la define Roa Bastos en la nota preliminar de la novela. No es del todo absurdo hacer del quijotesco Almirante el primer mestizo americano.

Historia y leyendas

Entre las leyendas que los hombres de las carabelas llevaban en el equipaje, y que alimentaban su avidez y sus sueños, se pueden citar la de El Dorado, el Reino del Preste Juan, los canibales con hocico de perro, las sirenas y las amazonas que moraban en la fabulosa Isla de las Mujeres. Pero la principal leyenda que retoma y desarrolla la novela es la de un marino español, llamado el Piloto, cuya nave fuera presa de una descomunal tormenta cuando navegaba entre España y las Islas Canarias. Empujada hacia el Oeste durante veintinueve días por los huracanes, la nave habría recalado en una tierra desconocida. El Piloto, de regreso de ese tremendo viaje con un puñado de compañeros medio muertos, habría expirado en brazos de Cristóbal Colón, establecido por entonces en Portugal, revelándole, en su agonía, la existencia de esa *Terra Incognita* y las indicaciones necesarias para volver a ella. Colón pensó que se trataba en realidad de la orilla desconocida de las Indias Orientales que se podía alcanzar por vía marítima navegando hacia el Oeste, ya que creía que la Tierra era esférica.

Esta leyenda, recogida por primera vez por el Inca Garcilaso de la Vega en el capítulo III de sus *Comentarios Reales*, interesa no tanto a causa de su improbable —e innecesario— fundamento histórico, como a causa de lo que simbólicamente significa. Al afirmar la existencia de un «protonauta predescubridor», el Almirante se conforma al esquema profético: los profetas, y en particular el último de ellos, Juan el Bautista, anunciaban la llegada del Mesías y le preparaban el camino. No hay que olvidar que Cristóbal es *Christum Ferens*, el que había de llevar a Cristo al otro lado de la Mar Oceana, y que Colón mandó buscar en las Sagradas Escrituras todo lo que podía parecerse a un anuncio profético de su mi-

sión descubridora: el conjunto de estos textos fue reunido bajo el título de *Libro de las Profecías*⁴.

A esta motivación, de índole religioso, conviene añadir otra: el Piloto —a quien Garcilaso da un nombre y una patria— no es sino el representante de todos los predescubridores, probables e imaginables, de la *Terra Incognita*:

Navegantes muy anteriores al fallecido Piloto protonauta —celtíberos, gaélicos, escandinavos, anglosajones, mongólicos—, lo habían hecho miles de años antes dejando grabadas las huellas de su paso en inscripciones rupestres que no han sido todavía totalmente descifradas en las profundidades de las cavernas prehistóricas, en los sitios más extraños y distantes del lugar donde mucho después se produjo el descubrimiento. La existencia de poblaciones y culturas venidas desde el Asia y la Polinesia demuestran *in situ* quiénes han sido los verdaderos descubridores. (p. 63-64)

Esta figura del Piloto que acompaña la vigilia alucinada del Almirante como una sombra, un presagio y un doble no ha de interpretarse como una voluntad de despojar a Cristóbal Colón de la gloria del Descubrimiento, reduciendo su misión a la de un simple mediador que sólo hizo *visible* una tierra inventada por la humanidad siglos antes. El doble personaje de Piloto-Almirante no puede sorprender a quien conoce la obra robastiana. Por mi parte, veo en él una nueva metáfora de la función de autor, tan cuestionada por el escritor paraguayo: de la misma manera que el Autor, en la concepción de origen romántico, es la fuente única e inspirada de la Obra, de la misma manera el Descubridor del Nuevo Mundo sólo puede ser un hombre único e inspirado. Resulta casi blasfematorio pensar que la *Terra incognita* no era virgen cuando Colón la pisó por primera vez. Sin embargo, en la importancia concedida al personaje del Piloto se podría ver una especie de explicación mítica de un saber, intuitivo primero, y luego confirmado por el progreso científico: que otros seres humanos habían llegado a esa misma tierra desconocida mucho antes que el marino genovés.

Esa leyenda del marino que muere revelando el secreto del descubrimiento de una tierra fabulosa, imagen del Paraíso Terrenal, a la cual habría llegado empujado por una tempestad, no es única. La encontramos también en la tradición oral irlandesa, y, probablemente, en otras muchas. El acierto de *Vigilia* consiste en haberla colocado en el centro mismo del dispositivo narrativo, crean-

do el personaje del Almirante obsesionado por el Piloto, habitado por él, guiado por su relato fabuloso, oscurecido por la agonía.

El viaje del protonauta predescubridor duró veintinueve días durante los cuales no cesó la tempestad: lo que parece exageración fabulosa está sin embargo muy por debajo de lo que relata Cristóbal Colón. En la *Carta del Almirante a los Reyes Católicos*, donde cuenta su cuarto y último viaje, se lee: «Ochenta y ocho días había que no me había dejado espantable tormenta, atando que no vide el sol ni estrellas por mar; que a los navíos tenía yo abiertos, a las velas rotas y perdidas anclas y jarcias, cables, con las barcas y muchos bastimentos»⁵.

El viaje inmóvil

Paradójicamente, la novela se abre con el espectáculo de las tres carabelas completamente inmovilizadas en el magma putrefacto del Mar de los Sargazos:

El mar se mueve apenas bajo el pesado mar de hierbas. Ni una brizna de viento y las naves al garete desde hace tres días, varadas en medio del oscuro colchón de vegetales en putrefacción. El mar en su calma mortal se ha convertido en estercolero de plantas acuáticas. (p. 15)

Atascado en este Mar Tenebroso, el relato va a remontarse en el tiempo, como los pájaros «volando hacia atrás para engañar al viento»: las tres cuartas partes de la novela van a desarrollarse durante este viaje inmóvil de tres días, hasta que, brutalmente, «tras la calma engañosa desató sus furias la tempestad» (p. 277). Las tres naves, arrancadas al encanto de su prisión vegetal, van a tocar tierra, por fin. No sé por qué, esas naves atolladas en el líquido espeso y negro de los Sargazos, me traen a la memoria los pies de Patiño, el Secretario del Dictador Supremo, metidos en el agua estancada, espe-

⁴ El manuscrito original se conserva en la Biblioteca Colombina de Sevilla (84 folios) y ha sido editado varias veces. Ha sido traducido al español por Juan Fernández Valverde, Madrid, Alianza Editorial, Biblioteca de Colón IV, 1992, XXI y 138 páginas.

⁵ Cristóbal Colón, Los cuatro viajes del Almirante y su testamento, Madrid, Espasa-Calpe, Colección Austral 633, edición y prólogo de Ignacio B. Anzoátegui, 10.ª edición, 1991, pág. 190.

sa y negra como la tinta, de la palangana en la cual ponía a refrescar sus extremidades mientras copiaba el dictado del amo. No sería del todo absurdo interpretar la visión apertural de la novela como una nueva metáfora de la escritura que confiere al relato la fijeza de la muerte, hasta que la palabra oral, como un viento huracanado, lo saque de su inmovilidad pútrida. La frase liminar de la novela es notable en muchos aspectos:

Toda la tarde se oyeron pasar pájaros.

Esta frase misteriosa está cargada de muchos presagios: los pájaros, en la mar, se consideraban anunciadores de la proximidad de la tierra, sin embargo estos vuelan al revés y, en consecuencia, invierten los signos premonitorios. Lo que anuncian, después de la calma de tres días, es la tempestad que va a desatarse 262 páginas más abajo:

Oía pasar algún que otro pájaro en el silencio total del universo. Y no hubo más. Tras la calma engañosa desató sus furias la tempestad. (p. 277)

Los pájaros anunciadores de la tierra llenan las páginas del *Diario* de Colón: los primeros aparecen el 14 de septiembre, o sea ocho días después de la salida de las Islas Canarias, y veintiocho días antes de la llegada a Guanahaní:

Aquí dijeron los de la carabela Niña que habían visto un garjao y un rabo de junco; y estas aves nunca se apartan de tierra cuando más veinticinco leguas⁶.

Sin embargo, no son estos primeros pájaros los que migran de las páginas colombinas a las de *Vigilia*, sino los últimos aludidos en la noche del 9 al 10 de octubre:

Toda la noche oyeron pasar pájaros⁹.

El empleo de esta frase como tema apertural de la novela me parece un ejemplo notable de uno de los aspectos fundamentales del trabajo de escritura. A primera lectura las dos frases parecen idénticas, en realidad la modulación o variación es importante y afecta puntos esenciales:

- el desliz temporal de la noche a la tarde (los pájaros anuncian la tempestad que se desatará por la noche),
- el cambio de la voz verbal activa (*oyeron*, sujeto: los hombres) a la voz medio pasiva (*se oyeron*, sujeto:

los pájaros) que implica un cambio en la perspectiva narrativa y en la instancia narradora. En el *Diario* se trata de un narrador impersonal que habla del Almirante y de los tripulantes en tercera persona. En la primera parte de la novela (las secuencias narrativas se llaman *partes*) el narrador es el Almirante que cuenta en primera persona.

— la modificación del sujeto de la frase le da una tonalidad misteriosa que será constante a lo largo de la novela.

La lengua del exilio

La escritura de *Vigilia* es novadora dentro de las muchas modalidades que presenta la obra roabastiana, y viene a confirmar la sorprendente facultad de renovación a la que nos había acostumbrado la sucesión de cuentos, novelas y poemas durante cuarenta años. Roa Bastos inaugura aquí lo que él llama su «lengua del exilio»: una escritura despojada no sólo de sus señas de identidad paraguaya —apenas si subsisten las huellas suficientes para reconocerla—, sino también de ese carácter excesivo que es la marca de *Yo el Supremo*. Contrapunto a la opacidad y compacidad del discurso dictatorial, la escritura fluida de esta novela busca la transparencia expresiva de un mundo de agua y de viento y de la vigilia alucinada que lo genera. Una transparencia que no excluye, ni mucho menos, la complejidad: la lengua se modula en múltiples registros que oscilan entre la ternura y lo grotesco, el fuego interior y el sarcasmo. Poco a poco, otras voces vienen a unirse a la voz interior del Almirante: las voces de los cronistas, antiguos y modernos, la voz ambigua del *Diario* donde Bartolomé de Las Casas reescribe admirablemente el castellano lusitanizado del marino ligur, la voz reinventada de un Almirante empapado de Sagradas Escrituras y de novelas de caballerías, la voz de la tradición oral narradora de leyendas, la voz de un Cervantes que en vez de haber pasado por los baños de Argel hubiera sido prisionero de los indios avaporú.

Se necesita tener la osadía de un escritor principiante para inventar un castellano antiguo que no es ni la pa-

⁶ *Ibidem*, pág. 20.

⁷ *Ibidem*, pág. 28.